

# Los mitos en la era de los Descubrimientos

José Manuel Pedrosa

(Profesor titular de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, Universidad de Alcalá)

En España, y en el mundo, la fecha de 1492 ha quedado como un hito fundamental, que marca un antes y un después en la historia. 1492 fue el año en que, de manera oficial, “fue descubierta América”. En España es una fecha tenida, además, por muy importante, porque en 1492 se rindió y quedó integrado en el territorio de una España cristiana unificada el último reino musulmán de la península Ibérica, el de Granada. Y porque los Reyes Católicos decretaron aquel mismo año la expulsión de los judíos que desde hacía muchos siglos vivían en el país. Las expulsiones de musulmanes y de judíos fueron dictadas para que la unificación política recién lograda fuese también unificación religiosa. La cual no se produjo del todo, porque quedaron en España decenas de miles de musulmanes (los moriscos) y de judíos (los conversos o marranos) que fueron obligados a convertirse al cristianismo, pero que siguieron practicando de manera clandestina su religión durante muchos años y varias generaciones, a pesar de la persecución intensa de la Inquisición.

Los historiadores tienden hoy a relativizar el papel de las grandes fechas, y a entender la historia más como un proceso lento, complejo y conflictivo que como una colección de grandes fechas aisladas y emblemáticas que marcan “un antes y un después” tajante y definitivo. 1492 fue, en realidad, un eslabón dentro de una cadena que venía de antes y que continuaría después, una encrucijada de caminos que no

pueden quedar reducidos a un simple titular asociado a una fecha en un manual de historia o en una conmemoración política.

De hecho, la propia palabra y el concepto de “Descubrimiento de un mundo nuevo”, que alude a un hecho extraordinario, sensacional, con “descubridores” activos y “descubiertos” pasivos, ha sido sustituida muchas veces, en España, por un eufemismo más amable e integrador, el de “Encuentro entre mundos”. Aunque este sea un término que también ha sido criticado por muchos. Hay quienes utilizan (se utilizaba mucho en la España de Franco, por ejemplo), el término opuesto, nada integrador, sacado del lenguaje bélico, de “Conquista”. Hoy, cinco siglos después, en España y en América sigue abierta una viva polémica terminológica e interpretativa con respecto a aquellos hechos. Prueba de que la historia no puede reducirse, como ya he señalado, a interpretaciones estrechas, efemérides sensacionales y grandes titulares. En cualquier caso, y por razones esencialmente prácticas, en España (y en otros países) se suele considerar que la Edad Media termina en torno a 1492, y que a partir de entonces se inicia lo que se llama la Edad Moderna. Aunque, como enseguida veremos, hay muchos historiadores que defienden que la Edad Moderna nació en torno a 1450, con los primeros desarrollos de la imprenta, el invento que de manera más profunda ha cambiado, posiblemente, la historia y la cultura del mundo.

Yo soy de aquellos que están convencidos de que la historia es un proceso muy lento, muy complejo, multidireccional, no unidireccional. La fecha de 1492 no puede entenderse sin otras fechas anteriores. Por ejemplo, sin las de 1402 y 1488, que son las que marcan oficialmente la llamada “Conquista de las Islas Canarias”, que preparó indudablemente el camino al “Descubrimiento de América”. Pero tampoco esas otras dos grandes fechas son irrefutables, porque, en realidad, las Islas Canarias estaban ya “descubiertas” desde la Antigüedad. Escribieron sobre aquellas islas (incluso dieron nombre a cada una de ellas) los geógrafos y naturalistas griegos y romanos, por ejemplo. Y eso debe ser indicio de que entre Europa y aquellas islas debió de haber contactos, aunque no hayan quedado

registros documentales, que pudieron ser mucho más intensos de lo que imaginamos.

1492 no puede ser concebido, tampoco, sin muchas otras fechas que vinieron después, las que marcaron la expansión de los españoles, y también de otros pueblos europeos, empezando por los portugueses, por tierras no solo de América, sino también de África, del océano Índico, de Asia, del Pacífico...

Pero yo no soy historiador, sino etnógrafo, y me interesan por tanto los procesos continuados; la letra pequeña de la historia; lo que hace, dice y siente la gente del pueblo bajo, y no solo los la realeza o la aristocracia política o militar. Me he dedicado sobre todo al estudio de la cultura popular, no de la cultura de las elites. Y gracias a ello creo que puedo y debo interpretar todos estos acontecimientos desde un punto de vista distinto del “oficial”. Porque, como todos ustedes saben, la historia la han escrito siempre los vencedores, los poderosos. Intentar verla desde la posición y la mirada de los débiles, de los humildes, de los derrotados, de “los otros”, puede ser un ejercicio muy saludable y muy necesario para alcanzar una comprensión más rica y global de todo lo acontecido.

Hablo también desde mi experiencia de estudioso de las culturas y de las literaturas de África. África es un continente que se halla a muy pocos kilómetros de las costas españolas, pero que, para la cultura española y sus estudiosos, apenas existe. América “fue descubierta”, dicen, en 1492. Pero África está tan al lado, y está tan olvidada, que ni esos honores del “descubrimiento” ha merecido. De hecho, en España y en Europa se nos cuenta, desde la escuela, que somos parte de la familia lingüística y cultural indoeuropea. Y fíjense ustedes en que el concepto de “indoeuropeo” excluye los semítico (es decir, lo árabe y lo judío) y lo africano. De manera, seguramente, poco inocente, perfectamente intencionada. Nos dicen que somos indoeuropeos, es decir, descendientes de una población de la India que emigró a Europa hace miles de años. Sin mezcla, por tanto, con otras poblaciones que hemos tenido un poco más al sur.

Sin embargo, la influencia de las culturas semíticas y africanas ha sido enorme en

la configuración cultural de España, y en cierta medida también de América. Mucho más de lo que oficialmente se reconoce. Todavía hay en muchos países de América poblaciones relevantes de personas afroiberoamericanas, descendientes de esclavos que fueron secuestrados en África y transportados a otro continente sobre las aguas del océano Atlántico. Esos afroiberoamericanos han mantenido hasta hoy culturas muy específicas, de enorme riqueza lingüística, religiosa, musical, etnográfica, a pesar del acoso de la globalización que va extendiéndose por todas partes. Una de las asignaturas pendientes más necesarias y urgentes que tenemos los españoles y los hispanoamericanos es aceptar e indagar muchísimo más en las raíces semíticas y africanas de la cultura de la península Ibérica y de toda Iberoamérica. A medida que vayamos avanzando hacia ese objetivo, será necesario (y enormemente enriquecedor) interpretar de nuevo las bases de nuestra cultura y de nuestra identidad.

Cuando se habla de los Descubrimientos, suele pensarse en las nuevas tierras a las que llegaron los españoles (y después otros pueblos europeos) a partir de 1492. Pero hay quien defiende que el Descubrimiento más importante de aquella época no fue geográfico, sino tecnológico. La imprenta, que empezó a desarrollar el alemán Johannes Guttemberg a partir de 1449, y que en las décadas siguientes se extendió por toda Europa (desde comienzos del siglo XVI también por América) cambió la cultura, la mentalidad, la historia, la ciencia del mundo justo por los mismos años en que se produjeron los grandes Descubrimientos. No es extraño, por ello, que algunos historiadores sitúen en la época en que se desarrolló la imprenta el fin de la Edad Media y el nacimiento de la Edad Moderna. En cualquier caso, a finales del siglo XV se produjo la conjunción de aquellos dos acontecimientos excepcionales, el del desarrollo de la imprenta y el de la llegada de los españoles a América, y el mundo no volvería a ser ya el mismo. La coincidencia en el tiempo de aquellos dos sucesos multiplicó, sin duda, los efectos de cada uno.

El encuentro con un continente insólito, inesperado, que no estaba previsto en el texto de la Biblia, el libro en que se creía que estaba contenido o profetizado todo (el

pasado, el presente, el porvenir), produjo una gran crisis intelectual e ideológica, una especie de orfandad existencial entre los españoles y los europeos. En un principio se intentó superar aquella angustia defendiendo que los indios de América descendían de la tribu perdida de Israel, para tender puentes hacia el dogma bíblico. Pero aquella teoría quedó pronto desmentida por las evidencias. Los nativos de América no tenían nada que ver con los antiguos judíos. Se pensó, también, que las nuevas tierras y los nuevos pueblos encontrados en América formaban parte de un Oriente asiático remoto, al que se habría llegado porque la tierra era redonda. De ahí viene el nombre de Indias que se dio a aquellas tierras, y el de indios que se dio a sus habitantes. Hasta surgió una florida mitología que mezclaba las nuevas realidades que se estaban “descubriendo” en América con antiguas leyendas orientalistas de raíces clásicas y medievales. De hecho, si se llamó “río de las Amazonas” a la corriente fluvial más importante que había en América fue porque los españoles pensaron que habían llegado al río mitológico en cuyas cercanías, según viejos mitos, vivía el pueblo legendario de las amazonas, las fabulosas y temibles mujeres guerreras. Pero toda aquella remitologización de la nueva América sobre modelos antiguos tampoco funcionó. Unas décadas después de la llegada a América, los españoles más lúcidos sabían ya que era imposible interpretar aquellas nuevas tierras americanas a la luz de lo que dijera la Biblia o de las mitologías milenarias del Viejo Continente.

Era preciso interpretarlo todo desde cero, empezar desde abajo, poner en cuestión todos los saberes acumulados hasta entonces. Había que elaborar una ciencia nueva, una nueva geografía, una nueva historia, una nueva ciencia natural... Y algunos intelectuales españoles comenzaron a hacerlo. De hecho, las muchas “Crónicas de Indias” que escribieron los colonizadores más preparados intelectualmente se consideran hoy, a nivel mundial, como los textos fundacionales de las ciencias geográficas, sociales y naturales experimentales, positivas, modernas. Muchos “cronistas de Indias” fueron intelectuales llenos de curiosidad científica, minuciosos en sus anotaciones, sinceramente interesados en dejar

testimonio fidedigno de los mundos y las culturas nuevas en que se adentraban o con las que contactaban.

Coincidió que, justo en aquellos años críticos de finales del siglo XV y del siglo XVI la imprenta se perfeccionaba, abarataba sus costes, aceleraba el paso, llegaba a muchos más sitios, difundía tanto grandes volúmenes muy costosos como pequeños pliegos y folletos baratos. Al margen de los monasterios y de las cortes, que habían sido, hasta entonces, los lugares donde la escritura había vivido muy tímidamente recluida. El desarrollo de la imprenta provocó un auge hasta entonces desconocido de la enseñanza primaria y de la universitaria, a la que cada vez más personas tuvieron acceso, dado que los libros para aprender letras también proliferaban.

Pero, sobre todo, la imprenta fue la madre de un avance sensacional en el terreno de las ciencias: gracias a la imprenta, pudieron nacer las ciencias positivas y experimentales modernas. Antes de la imprenta, la transmisión de la cultura era fundamentalmente oral. Y la transmisión oral de la información tiene unos rasgos (y unas limitaciones) muy específicos. En primer lugar, la información oral es siempre variable, porque cada vez que decimos de viva voz un relato, alteramos su textualidad. La literatura oral vive en variantes, como proclamaba Ramón Menéndez Pidal, el filólogo más influyente en la historia de España. Y de manera oral no se puede hacer ciencia, sino, en todo caso, especulación mágico-religiosa, o cuentos maravillosos, o poesía épica o lírica. Para poder hacer ciencia positiva hay que escribir, hay que desarrollar un método que preserve la información sin alterarla a cada momento, sobre bases estables. Y la imprenta, en tanto que tecnología que permitió fijar la información por escrito y, sobre todo, multiplicarla en copias que llegaban, a bajo coste, a todas partes, ofreció un terreno propicio, firme y seguro, para que se desarrollasen las ciencias modernas, primero en Europa (con España incluida) y después en el resto del mundo.

Pero, además, el desarrollo de la imprenta tuvo otro efecto notabilísimo en la cultura de la llamada “Era de los Descubrimientos”: las tecnologías de la escritura apoyadas y multiplicadas por la imprenta permitieron que a la literatura europea

llegase el realismo. La literatura oral no puede ser realista, porque no puede memorizar los pequeños detalles textuales: solo puede ser maravillosa, fantástica, especulativa. Y en 1499 se publica, en España, la primera versión de *La Celestina*, obra maestra de nuestra literatura. La primera obra realista de nuestra literatura, y posiblemente de la literatura mundial. *La Celestina* es hija de la imprenta. No habría podido nacer ni ser transmitida en un entorno de cultura oral. Y cuando, en los años posteriores a 1499, fueron publicadas versiones cada vez más extensas de *La Celestina*, todas deben su razón de ser a la imprenta, a las nuevas posibilidades que abrió a la creación y a la difusión de la obra literaria.

*La Celestina*, y luego la novela picaresca que empezó a desarrollarse a partir de 1554, y después la obra de Cervantes, incluido el genial *Don Quijote*, son todas hijas de la imprenta, y al mismo tiempo obras maestras de la literatura realista. Sin la imprenta, la literatura seguiría anclada en la especulación oral, en la literatura maravillosa. Y el realismo, que fue y sigue siendo la estética más definitoria de la literatura moderna, no habría tenido la oportunidad de desarrollarse.

No es demasiado conocido que el 21 de mayo de 1590 Miguel de Cervantes solicitó una plaza de funcionario administrativo en las Indias, es decir, en América. En España no le iban bien las cosas. Su petición fue denegada, por razones confusas, entre las que tendría bastante que ver, seguramente, el hecho de que su linaje no fuera el de un “cristiano viejo” puro, ya que tenía antepasados judíos. Y para pasar a América era obligatorio demostrar una perfecta “pureza de sangre”. El caso es que Cervantes se tuvo que quedar en España a escribir, en condiciones económicas y humanas bastante precarias, su grandiosa obra. Y que todos nosotros perdimos, acaso, la oportunidad, de leer un don *Quijote de las Indias*, en vez de un *Don Quijote de La Mancha*. Porque, sabiendo de su curiosidad intelectual, de su inconformismo y de su genialidad, es lícito suponer que la vida en las Indias hubiese causado un gran impacto en él y dejado una huella muy profunda en su literatura. Quizás la “era de los Descubrimientos” perdió la oportunidad, cuando le fue negada a Miguel de Cervantes la emigración a las Indias, de haberse enriquecido con una

mirada y una pluma tan diferentes y tan poderosas que podrían haber reescrito por completo las realidades y los mitos de aquellos años.